

Recuerdos del futuro



Robert J. Sawyer

Para Richard M. Gotlib

Richard y yo nos conocimos en el instituto, en 1975, y entonces imaginábamos un futuro distinto para nuestras vidas. Pero una cosa estaba totalmente clara: por muchos años que pasaran, siempre seríamos amigos. Ahora, un cuarto de siglo después, me encanta poder decir que al menos eso resultó exactamente como estaba planeado.

Reconocimientos

Sinceros agradecimientos para mi agente Ralph Vicinanza y su asociado, Christopher Lotts; para mi editor en Tor, David G. Hartwell, y su ayudante James Minz; Chris Dao y Linda Quinton, también de Tor; el editor de Tor Tom Doherty; Rob Howard, Suzanne Hallsworth, Heidi Winter y Harold y Sylvia Fenn, de mi distribuidora canadiense, H. B. Fenn & Co., Ltd.; Neil Calder, jefe de prensa de la Organización Europea para la Física de Partículas (CERN); Dr. John Cramer, profesor de Física de la Universidad de Washington; Dr. Shaheen Hussain Azmi, Asbed Bedrossian, Ted Bleaney, Alan Bostick, Michael A. Burstein, Linda C. Carson, David Livingstone Clink, James Alan Gardner, Richard M. Gotlib, Terence M. Green, John-Allen Price, Dr. Ariel Reich, Alan B. Sawyer, Tim Slater, Masayuki Uchida y Edo van Belkom; mi padre, John A. Sawyer, por prestarme una y otra vez su casa de verano en la Bahía de Bristol, donde se escribió gran parte de esta novela; y especialmente a mi adorable esposa, Carolyn Clink.

El traductor quiere agradecer su ayuda y comentarios a Javier Vijande, del CERN.

LIBRO I

ABRIL DE 2009

Aquel que prevé calamidades las sufre dos veces.
– Beilby Porteus

PRIMER DÍA: JUEVES 21 DE ABRIL DE 2009

Un corte en el espaciotiempo...

El edificio de control del gran colisionador de hadrones (o LHC, por sus siglas en inglés) del CERN era nuevo; su construcción había sido autorizada en 2004 y terminada dos años más tarde. La instalación encerraba un patio central, inevitablemente bautizado como “el núcleo”. Todas las oficinas tenían una ventana que daba o bien al núcleo o bien al resto del extenso campus del CERN. El cuadrángulo que rodeaba este corazón era de dos plantas, pero los ascensores principales disponían de cuatro paradas: las dos de los niveles sobre el suelo; la del sótano, que albergaba las calderas y los almacenes; y la del nivel menos cien metros, que comunicaba con la plataforma del monorraíl empleado para recorrer la circunferencia de veintisiete kilómetros del túnel del colisionador. El propio túnel discurría bajo los campos de labranza, la periferia del aeropuerto de Ginebra y las colinas del Macizo Jura.

El muro sur del pasillo principal del edificio de control estaba dividido en diecinueve largas secciones, cada una decorada con un mosaico obra de artistas de los países miembros del CERN. El de Grecia mostraba a Demócrito y el origen de la teoría atómica; en el de Alemania aparecía la vida de Einstein; el de Dinamarca hacía lo propio con Niels Bohr. Pero no todos los mosaicos representaban temas de Física. El francés mostraba el horizonte de París, y el Italiano un viñedo con miles de amatistas pulimentadas, representando cada una de las uvas.

La propia sala de control del LHC era un cuadrado perfecto, con amplias puertas deslizantes situadas en el centro exacto de dos de sus

lados. El cuarto tenía una altura de dos plantas y la mitad superior estaba cerrada con cristal, de modo que los grupos turísticos pudieran observar los trabajos; el CERN ofrecía visitas públicas de tres horas los lunes y sábados, a las nueve de la mañana y a las dos de la tarde. Colgaban de las paredes bajo estos ventanales las diecinueve banderas de los estados miembros, cinco por paramento; el vigésimo puesto lo ocupaba la enseña azul y oro de la Unión Europea.

La sala de control contenía decenas de consolas. Una estaba dedicada a operar los inyectores de partículas y controlaba el comienzo de los experimentos. Junto a ella había otra con un lado inclinado y diez monitores que escupían los resultados de los detectores ALICE y CMS, los enormes sistemas subterráneos que registraban y trataban de identificar las partículas producidas por los experimentos del LHC. Las pantallas de una tercera consola mostraban porciones del túnel subterráneo y su suave curvatura, con el perfil "1" del monorraíl colgando del techo.

Lloyd Simcoe, un investigador canadiense, estaba sentado en la consola del inyector. Tenía cuarenta y cinco años, era alto y estaba bien afeitado. Sus ojos eran azules, y el cabello castaño, de corte militar, parecía tan oscuro que casi podía considerarse moreno (salvo en las sienes, donde empezaba a encanecer).

Los físicos de partículas no eran conocidos por su esplendor en el vestir, y hasta hacía poco Lloyd no había sido una excepción. Pero, hacía algunos meses, había aceptado donar todo su guardarropa a la sucursal en Ginebra del Ejército de Salvación, dejando que su prometida le comprara ropa nueva. Para ser sinceros, el nuevo vestuario era un poco ostentoso para su gusto, pero tenía que admitir que nunca había tenido tan buen aspecto. Aquel día llevaba una camisa beige de vestir, una chaqueta perlada, pantalones marrones con bolsillos exteriores y, en un guiño a la moda tradicional, zapatos italianos de cuero negro. También había adoptado un par de símbolos universales de posición, que además añadían un toque de color local: una estilográfica Mont Blanc, que guardaba en el bolsillo interior de la chaqueta, y un reloj suizo analógico de oro.

Sentada a su derecha, en la consola de detectores, estaba el cerebro detrás de aquel cambio, su prometida, la ingeniera Michiko Komura. Tenía treinta y cinco, diez años menos que Lloyd, nariz respingona y

un lustroso pelo negro cortado al estilo masculino, la moda del momento.

Tras ella se encontraba Theo Procopides, el compañero de investigación de Lloyd. Con veintisiete años, era dieciocho más joven que el canadiense. Más de un bromista había comparado al maduro y conservador Simcoe y a su exuberante colega griego con el equipo de Crick y Watson. Theo tenía el pelo oscuro, espeso y rizado, ojos grises y una mandíbula fuerte y prominente. Casi siempre vestía vaqueros rojos (a Lloyd no le gustaban, pero prácticamente nadie con menos de treinta años seguía usando vaqueros azules) y una de sus infinitas camisetas con personajes de dibujos animados de todo el mundo; hoy había elegido al venerable Piolín. Otra decena de científicos e ingenieros se situaba en las consolas restantes.

Ascendiendo por el cubo...

Salvo por el suave zumbido del aire acondicionado y de los ventiladores del equipo, la sala de control estaba en silencio absoluto. Todo el mundo estaba nervioso y tenso tras un largo día de preparativos para aquel experimento. Lloyd echó un vistazo al cuarto y lanzó un profundo suspiro. Su pulso estaba acelerado y sentía un hormigueo en el estómago.

El reloj de la pared era analógico; el de su consola, digital. Los dos se acercaban a toda prisa a las diecisiete horas (que para Lloyd, a pesar de llevar dos años en Europa, seguían siendo las 5:00 pm).

Era director del grupo de casi mil físicos que empleaba el detector ALICE (siglas en inglés de "Un experimento de colisión de iones pesados"). Theo y él habían pasado dos años diseñando aquella colisión de partículas en especial, dos años para realizar un trabajo que podría haber tomado dos vidas. Estaban intentando recrear niveles de energía que no habían existido desde el nanosegundo posterior al Big Bang, cuando la temperatura del universo había sido de 10.000.000.000.000.000 grados. En el proceso esperaban detectar el santo grial de la física de alta energía, el largamente buscado bosón de Higgs, la partícula cuya interacción dotaba de masa a las demás. Si el experimento funcionaba, el bosón, y el Nóbel que sin duda correspondería a sus descubridores, estarían en sus manos.

Todo el ensayo había sido automatizado y sincronizado. No había ninguna enorme palanca que bajar, ningún botón que pulsar escondi-

do detrás de una pantalla deslizante. Sí, Lloyd había diseñado y Theo codificado los módulos básicos del programa de aquel experimento, pero ahora todo lo controlaba el ordenador.

Cuando el reloj digital alcanzó las 16:59:55, Lloyd comenzó la retrocuenta en voz alta.

– Cinco.

Miró a Michiko.

– Cuatro.

Ella le devolvió la sonrisa para animarlo. Dios mío, cómo la quería.

– Tres.

Desvió su atención al joven Theo, el *wunderkind*, el joven prodigio que Lloyd siempre había querido ser, mas sin éxito.

– Dos.

Theo, siempre altanero, le mostró el puño cerrado con el pulgar hacia arriba.

– Uno.

Dios mío, por favor..., pensó Lloyd. *Por favor.*

– Cero.

Y entonces...

Y entonces, de repente, todo varió.

Se produjo un cambio inmediato en la iluminación: la pálida luz de la sala de control fue reemplazada por la del sol, filtrada a través de una ventana. Pero no hubo ajuste ni molestia, y las pupilas de Lloyd no se contrajeron. Era como si siempre hubiera estado acostumbrado a aquella luz más brillante.

Pero no era capaz de controlar sus actos. Quería mirar alrededor, ver lo que sucedía, mas sus ojos se movían por voluntad propia.

Estaba en la cama, al parecer desnudo. Podía sentir las sábanas de algodón deslizándose por su piel al incorporarse sobre un codo. Al mover la cabeza alcanzó a vislumbrar brevemente las ventanas del dormitorio, que al parecer pertenecían a la segunda planta de una casa de campo. Veía árboles y...

No, eso no podía ser. Aquellas hojas eran fuego gélido, pero hoy era veintiuno de abril... primavera, no otoño.

Su visión siguió moviéndose y, de repente, con lo que debería haber sido un sobresalto, comprendió que no estaba solo en la cama. Había alguien más con él.

Se encogió.

No, no era cierto. No reaccionó físicamente en modo alguno; era como si su mente se hubiera divorciado del cuerpo. Pero *sintió* que se encogía.

La otra persona era una mujer, pero...

¿Qué demonios estaba pasando?

La mujer era mayor, arrugada, de piel traslúcida y cabello de gasa blanca. El colágeno que una vez había llenado sus pómulos se había aposentado como carúnculas en la boca, una boca ahora risueña, con las comisuras de la sonrisa perdidas entre arrugas perennes.

Lloyd trató de alejarse de la bruja, pero su cuerpo se negó a cooperar.

¿Qué demonios está sucediendo, Dios mío?

Era primavera, no otoño.

Salvo que...

Salvo que, por supuesto, se encontrara en el hemisferio sur. Transportado, de algún modo, desde Suiza hasta Australia...

Pero no. Los árboles que había vislumbrado a través de la ventana eran arces y álamos; *tenía* que estar en Norteamérica o Europa.

Su mano se alzó. La mujer vestía una camisa azul, pero no era la parte superior de un pijama. Tenía charreteras abotonadas y varios bolsillos: ropa "de aventura" fabricada en algodón, del tipo de L. L. Bean o Tilley, lo que una mujer práctica usaría para hacer jardinería. Lloyd notó cómo sus dedos acariciaban el tejido, sintiendo su suavidad, flexibilidad. Y entonces...

Y entonces sus yemas encontraron el botón, duro, plástico, calentado por el cuerpo de ella, traslúcido como la piel. Sin vacilación, los dedos lo apresaron, lo sacaron y lo deslizaron a un lado del ojal. Antes de que la prenda se abriera, la mirada de Lloyd, aún actuando por propia iniciativa, se alzó de nuevo al rostro de la mujer, observando unos pálidos ojos azules cuyos iris mostraban un halo de anillos blancos incompletos.

Sintió tensarse sus propias mejillas al sonreír. Su mano se deslizó dentro de la camisa, encontrando el seno. De nuevo quiso apartarse, alejando la mano. El pecho era blando y arrugado, y la piel que lo

cubría no era firme, como una fruta pasada. Los dedos se apretaron, siguiendo los contornos del seno hasta encontrar el pezón.

Lloyd sintió una presión en la ingle. Durante un horrible momento pensó que estaba teniendo una erección, pero no era así. Lo que sucedió fue que, de repente, se produjo una sensación de plenitud en la vejiga; tenía que orinar. Retiró la mano y vio cómo las cejas de la mujer se alzaban inquisitivas. Lloyd sintió alzarse y bajar sus propios hombros. Ella le sonrió de forma cálida, comprensiva, como si fuera lo más natural del mundo, como si siempre tuviera que excusarse en los prolegómenos. Los dientes de la mujer eran ligeramente amarillos, el sencillo color de la edad, pero por lo demás estaban en perfecto estado.

Al fin su cuerpo hizo lo que él había estado deseando: se alejó de la mujer. Sintió malestar en la rodilla al girarse, un pinchazo agudo. Le dolía, pero lo ignoró. Sacó las piernas de la cama y apoyó los pies con suavidad en el suelo de madera. A medida que se alzaba, vio una mayor parte del mundo más allá de la ventana. Era media mañana o media tarde, y la sombra de cada árbol se derramaba sobre el contiguo. Un pájaro había estado descansando en una de las ramas, pero se asustó por el repentino movimiento en el dormitorio y alzó el vuelo. Era un petirrojo, el zorzal grande de Norteamérica, no el pequeño del Viejo Mundo; no había duda de que estaba en los Estados Unidos o en Canadá. De hecho, aquello se parecía mucho a Nueva Inglaterra; le encantaban los colores del otoño en Nueva Inglaterra.

Se descubrió moviéndose lentamente, casi como si arrastrara los pies sobre el suelo. Comprendió entonces que aquella habitación no estaba en una casa, sino en una cabaña. El mobiliario era la mezcla habitual de una residencia de vacaciones. Al menos reconoció la mesilla: baja, de aglomerado, con papel pintado en la superficie superior a imitación de la madera. Era un mueble que había comprado de estudiante, y que había terminado colocando en el cuarto de invitados de la casa de Illinois. ¿Pero qué hacía allí, en aquel lugar extraño?

Siguió su camino. La rodilla derecha le dolía a cada paso, y se preguntó qué le pasaba. De una pared colgaba un espejo; el marco era de pino nudoso, cubierto con un barniz transparente. Contrastaba con la "madera" más oscura de la mesilla, claro, pero...

Dios.

Dios mío.

Por propia voluntad, los ojos contemplaron el espejo al pasar y se vio a sí mismo...

Durante medio segundo pensó que era su padre.

Pero era él. El pelo que le quedaba en la cabeza era totalmente gris, y el del pecho blanco. La piel estaba suelta y arrugada, y su paso era un cojeo.

¿Podía ser la radiación? ¿Podía haberlo expuesto el experimento? ¿Podía...?

No. No, no era eso. Lo sabía en sus huesos, en sus huesos *artríticos*. No era eso.

Era un *anciano*.

Era como si hubiera envejecido veinte años o más, como si...

Dos décadas de vida desaparecidas, borradas de su memoria.

Quiso gritar, aullar, protestar por la injusticia, por la pérdida, exigir satisfacción al universo...

Pero no podía hacer nada de todo aquello; no tenía el control. Su cuerpo prosiguió su lento y doloroso arrastrar hasta el baño.

Al girarse para entrar en el mismo, devolvió la mirada a la mujer en la cama, ahora incorporada sobre un costado, con la cabeza apoyada en un brazo y una sonrisa traviesa, seductora. Alcanzó a ver el destello dorado en el dedo corazón de la mano izquierda. Ya era malo dormir con una anciana, pero estar *casado* con ella...

La puerta lisa de madera estaba entreabierta, pero extendió un brazo para abrirla por completo; por el rabillo del ojo divisó la otra alianza en su propia mano.

Y entonces comprendió. Aquella bruja, la extraña, la mujer a la que no había visto nunca antes, aquella que no se parecía en absoluto a su amada Michiko, era su esposa.

Quiso volver a mirarla, tratar de imaginarla décadas más joven, reconstruir la belleza que antaño podría haber sido, pero...

Pero entró en el baño, se giró para encararse con el inodoro, se inclinó para levantar la tapa y...

...y de repente, de forma increíble, asombrosa, Lloyd Simcoe sintió el alivio de estar de vuelta en el CERN, en la sala de control del LHC. Por algún motivo,

se había derrumbado en su silla de vinilo. Se incorporó y se alisó la camisa hasta arreglarla.

¡Qué alucinación más increíble! Habría consecuencias, por supuesto: se suponía que allí estaban totalmente protegidos, que había un centenar de metros de tierra entre ellos y el anillo del colisionador. Pero había oído que las descargas de alta energía podían causar alucinaciones; sin duda, eso era lo que había sucedido.

Lloyd tardó un instante en orientarse. No había habido transición entre el *aquí* y el *allí*: ningún fogonazo ni destello, ninguna sensación de aturdimiento ni problemas de audición. Estaba en el CERN y, de repente, se encontraba en otro lugar durante, ¿dos minutos, quizá? Y ahora, del mismo modo, se encontraba de vuelta en la sala de control.

Por supuesto, nunca se había marchado. Por supuesto, todo era una ilusión. Michiko parecía atónita. ¿Lo había estado observando durante su alucinación? ¿Qué había estado haciendo? ¿Sacudirse como un epiléptico? ¿Moverse en su lugar, como si acariciara un seno invisible? ¿O simplemente se había derrumbado en su silla, cayendo inconsciente? De ser así, no podía haber perdido el conocimiento mucho tiempo (nunca los dos minutos que había percibido), pues en caso contrario Michiko y los demás estarían ahora mismo sobre él, comprobando su pulso y desabrochándole el cuello de la camisa. Observó el reloj analógico: de hecho, habían pasado dos minutos de las cinco de la tarde.

Entonces miró a Theo Procopides. La expresión del joven griego era menos tensa que la de Michiko, pero parecía tan alerta como Lloyd, observando a todos los presentes, desviando la mirada en cuanto alguno se la devolvía.

Lloyd abrió la boca para hablar, aunque no estuviera seguro de lo que quería decir. La cerró en cuanto oyó un gemido procedente de la puerta abierta más cercana. Era evidente que Michiko también lo había oído; los dos se incorporaron al mismo tiempo. Ella estaba más cerca de la puerta y, para cuando Lloyd llegó, la mujer ya se encontraba en el pasillo.

— ¡Dios mío! — decía —. ¿Estás bien?

Uno de los técnicos, Sven, trataba de ponerse en pie. Se cubría con la mano derecha la nariz, que sangraba profusamente. Lloyd corrió de vuelta a la sala de control, soltó el botiquín de primeros auxilios de su

enganche en la pared y volvió a toda prisa. El material se encontraba en una caja blanca de plástico; la abrió y comenzó a desenrollar la gasa.

Sven habló en noruego, pero se detuvo tras unos instantes y repitió en francés.

– D-debo de haberme desvanecido.

El corredor estaba cubierto de duras baldosas, y Lloyd podía ver un rastro de sangre en el lugar en que el rostro de Sven había caído. Le pasó la gasa y el noruego asintió a modo de agradecimiento mientras la apretaba contra su nariz.

– Qué locura – dijo –. Fue como quedarme dormido de pie – emitió una pequeña risa –. Incluso tuve un sueño.

Lloyd sintió cómo sus cejas se enarcaban.

– ¿Un sueño? – repitió, también en francés.

– Totalmente vívido – respondió Sven –. Estaba en Ginebra, en Le Rozzel. – Lloyd la conocía bien; una *crêperie* de estilo bretón en la Gran Rue –, pero era como algo de ciencia ficción. Había coches flotando sin tocar el suelo, y...

– ¡Sí, sí! – era una voz de mujer, pero no como respuesta a Sven. Procedía del interior de la sala de control –. ¡A mí me sucedió lo mismo!

Lloyd regresó a la sala, débilmente iluminada.

– ¿Qué sucedió, Antonia?

Una fuerte italiana había estado hablando a otros dos de los presentes, pero ahora se volvía hacia Lloyd.

– Era como si, de repente, estuviera en otro lugar. Parry dice que a él le ha ocurrido lo mismo.

Michiko y Sven se encontraban ahora en el umbral, justo detrás de Lloyd.

– A mí también – añadió Michiko, al parecer aliviada por no estar sola en todo aquello.

Theo, que se había acercado a Antonia, fruncía el ceño. Lloyd lo observó.

– ¿Y tú, Theo?

– Nada.

– ¿Nada?

Theo negó con la cabeza.

– Debemos haber quedado todos inconscientes – dijo Lloyd.

– Yo, desde luego, sí – replicó Sven. Apartó la gasa de la cara y se tocó para comprobar si había dejado de sangrar. No era así.

– ¿Cuánto tiempo estuvimos fuera? – preguntó Michiko.

– Yo... ¡Dios! ¿Qué hay del experimento? – preguntó Lloyd. Corrió hacia la estación de control de ALICE y presionó un par de teclas.

– Nada – anunció –. ¡Mierda!

Michiko exhaló defraudada.

– Debería haber funcionado – siguió Lloyd, golpeando la consola con la palma de la mano –. Deberíamos tener el Higgs.

– Bueno, *algo* sucedió – respondió Michiko –. Theo, ¿no viste *nada* mientras los demás teníamos... teníamos visiones?

Theo negó con la cabeza.

– Absolutamente nada. Supongo... supongo que perdí el sentido. Excepto que no hubo negrura. Estaba observando a Lloyd realizar la retrocuenta: cinco, cuatro, tres, dos, uno, cero. Después se produjo un corte, ya sabes, como en las películas. De repente Lloyd estaba derribado en su asiento.

– ¿Me viste caer?

– No, no. Es como he dicho: estabas ahí sentado, y de repente te vi tirado, sin movimiento intermedio. Creo... supongo que perdí el sentido. Antes de que comprendiera que te pasaba algo, ya te estabas incorporando, y...

De repente, el sonido de una sirena partió el aire, un vehículo de emergencias de alguna clase. Lloyd salió a toda prisa de la sala de control, con todo el personal detrás. El cuarto al otro lado del pasillo disponía de ventana. Michiko, que había llegado primero, ya estaba levantando el estor veneciano, dejando que entrara el sol que presagiaba el ocaso. Se trataba de un vehículo anti-incendios del CERN, uno de los tres presentes en las instalaciones. Rodaba por el campus, dirigiéndose al edificio principal de administración.

Parecía que la nariz de Sven había dejado de sangrar; sostenía la gasa sanguinolenta a un costado.

– Es posible que alguien más se haya caído – dijo.

Lloyd lo observó.

– Utilizan los coches de bomberos tanto para los primeros auxilios como para los incendios – explicó el noruego.

Michiko comprendió las implicaciones de lo que Sven sugería.

—Debemos comprobar todos los despachos, para asegurarnos de que todo el mundo está bien.

Lloyd asintió y volvió al pasillo.

—Antonia, examina a todos los presentes en la sala de control. Michiko, llévate a Jake y a Sven y ve por ahí. Theo y yo nos encargaremos de esta zona. —Sintió una breve punzada de culpabilidad al prescindir de Michiko, pero de momento tenía que asimilar lo que había visto, lo que había experimentado.

En la primera estancia en la que él y Theo entraron había una mujer en el suelo; Lloyd no recordaba su nombre, pero trabajaba en relaciones públicas. El monitor plano frente a ella mostraba el familiar escritorio tridimensional del Windows 2009. Seguía sin sentido, y por la herida de la frente estaba claro que había caído hacia delante y se había golpeado la cabeza con el borde metálico de la mesa. Lloyd hizo lo que había visto en incontables películas: tomó la mano izquierda de la mujer con su derecha, sosteniendo la muñeca hacia arriba mientras la golpeaba suavemente con la otra mano, para que despertara.

Lo que, al final, hizo.

—¿Dr. Simcoe? —preguntó, observando a Lloyd—. ¿Qué ha sucedido?

—No lo sé.

—Tuve ese... ese sueño —dijo—. Estaba en una galería de arte, en algún sitio, contemplando un cuadro.

—¿Se encuentra bien?

—N-no lo sé. Me duele la cabeza.

—Podría tener una conmoción. Debe ir a la enfermería.

—¿Qué son todas esas sirenas?

—Camiones de bomberos —una pausa—. Mire, tenemos que marcharnos. Podría haber otros heridos.

La mujer asintió.

—Estoy bien.

Theo ya seguía su marcha por el pasillo. Lloyd dejó el despacho y lo siguió. Superó a su compañero, que atendía a otro caído. El corredor giró a la derecha, y Lloyd se introdujo en la nueva sección. Llegó a la puerta de un despacho que se abrió en silencio al acercarse, pero la gente en el interior parecía estar bien, hablando animadamente de las

distintas visiones experimentadas. Había tres personas presentes, dos mujeres y un hombre. Una de las primeras reparó en Lloyd.

—Lloyd, ¿qué ha ocurrido? —preguntó en francés.

—Aún no lo sé —replicó en la misma lengua—. ¿Está todo el mundo bien?

—Estamos bien.

—No pude evitar escucharos —dijo Lloyd—. ¿Los tres también tuvisteis visiones?

Tres asentimientos.

—¿Eran de un realismo vívido?

La mujer que aún no había hablado señaló al hombre.

—La de Raoul no. Él tuvo una especie de experiencia psicodélica —dijo, como si fuera lo único que cabía esperar del estilo de vida de Raoul.

—Yo no diría exactamente “psicodélica” —replicó éste, sintiendo la necesidad de defenderse. Su cabello rubio era largo y sano, y lo llevaba recogido en una perfecta coleta—. Pero, desde luego, no era realista. Había un tipo con tres cabezas, y...

Lloyd asintió, cortando la descripción.

—Si estáis todos bien, venid con nosotros. Hay algunos heridos por lo que sea que haya sucedido. Tenemos que encontrar a cualquiera que esté en problemas.

—¿Por qué no llamamos por el intercomunicador para que todos se reúnan en el vestíbulo? —preguntó Raoul—. Entonces podremos contarnos y ver quién falta.

Lloyd comprendió que aquello era totalmente lógico.

—Seguid buscando; hay quien podría necesitar atención inmediata. Yo iré a la entrada. —Salió del despacho mientras los otros se levantaban y salían al pasillo. Lloyd tomó el camino más corto hacia la entrada, dejando atrás los distintos mosaicos. Cuando llegó, parte del personal administrativo atendía a uno de los suyos, que al parecer se había roto el brazo al caer. Otra persona se había escaldado con su propia taza de café hirviendo.

—¿Qué ha sucedido, Dr. Simcoe? —preguntó un hombre.

Lloyd empezaba a cansarse de la pregunta.

—No lo sé. ¿Puede encender la MP?

El hombre lo contemplaba. Era evidente que Lloyd usaba algún americanismo que el tipo no entendía.

— La MP — dijo Lloyd —, la megafonía pública.

El hombre seguía con la mirada perdida.

— ¡El intercom!

— Oh, claro — dijo con un inglés endurecido por el acento alemán —.

Por aquí — condujo a Lloyd hasta una consola y pulsó varios botones.

Lloyd tomó una delgada vara de plástico con un micrófono en la punta.

— Aquí el Dr. Simcoe — podía oír su propia voz rebotada desde los altavoces del pasillo, pero los filtros del sistema evitaban el acople —.

Está claro que ha sucedido algo. Hay varios heridos. Si son capaces de andar por su cuenta — dijo, tratando de simplificar el vocabulario; el inglés no era más que la segunda lengua para casi todos los trabajadores — y si los que están con ustedes pueden andar, o si al menos se les puede dejar sin atención, vengan por favor al vestíbulo. Alguien podría haberse caído en un lugar oculto, y tenemos que averiguar si falta alguien. — Le devolvió el micrófono al hombre —. ¿Puede repetirlo en alemán y francés?

— *Jawohl* — respondió éste, traduciendo ya en su cabeza. Comenzó a hablar al micrófono. Lloyd se alejó de los controles de la megafonía e invitó a aquellos capaces de moverse a que fueran al vestíbulo, que estaba decorado con una gran placa de bronce rescatada de uno de los edificios más antiguos, demolido para hacer sitio al centro de control del LHC. La placa explicaba las siglas originales del CERN: *Conseil Européenne pour la Recherche Nucléaire*. En aquel día las siglas no decían nada, pero las raíces históricas estaban allí honradas.

Casi todos los rostros del vestíbulo eran blancos, con algunas excepciones (Lloyd se detuvo un instante para referirse mentalmente a ellos como melanoamericanos, el término preferido en aquella época por los negros en los Estados Unidos). Aunque Peter Carter era de Stanford, casi todos los demás negros procedían directamente de África. También había varios asiáticos, incluyendo, por supuesto, a Michiko, que había acudido al vestíbulo como respuesta a su mensaje. Se acercó a ella y le dio un abrazo. Gracias a Dios, al menos ella estaba bien.

— ¿Algún herido grave? — preguntó.

— Algunas contusiones y otra nariz con hemorragia — dijo Michiko —, pero nada importante. ¿Y tú?

Lloyd buscó a la mujer que se había golpeado la cabeza. Aún no había aparecido.

— Una posible conmoción, un brazo roto y una quemadura fea — hizo una pausa —. Deberíamos llamar algunas ambulancias para llevar a los heridos al hospital.

— Yo me encargo — dijo Michiko, desapareciendo en un despacho.

El grupo aumentaba por momentos, y ya llegaba a los doscientos.

— ¡Presten atención! — gritó Lloyd —. ¡Por favor! *¡Votre attention, s'il vous plaît!* — esperó a que todas las miradas se fijaran en él —. ¡Miren a su alrededor para ver si ven a sus compañeros de trabajo, despacho o laboratorio! Si creen que falta alguien, háganmelo saber. Y si alguno de los presentes necesita atención médica inmediata, díganmelo también. Hemos pedido algunas ambulancias.

Mientras decía esto, Michiko regresó. Su aspecto era aún más pálido de lo habitual, y habló con voz trémula.

— No habrá ambulancias — dijo —. Por lo menos, en un tiempo. La operadora de emergencias me ha dicho que están encerradas en Ginebra. Al parecer, todos los conductores en las carreteras perdieron el conocimiento; ni siquiera pueden comenzar a valorar el número de muertos.

2

El CERN había sido fundado cincuenta y cinco años antes, en 1954. El personal consistía en tres mil personas, de las que más o menos un tercio eran físicos e ingenieros, un tercio técnicos y el resto estaba dividido igualmente entre administrativos y personal laboral.

El LHC había costado cinco mil millones de dólares americanos, y había sido construido en el mismo túnel subterráneo circular que seguía la frontera franco-suiza, y que aún albergaba el colisionador de electro-positrones, que ya no estaba en servicio; este LEP había funcionado desde 1989 hasta 2000. El LHC empleaba electroimanes superconductores de campo dual de 10 teslas para propulsar partículas por el gigantesco anillo. El CERN disponía del mayor y más potente sistema criogénico del mundo, y empleaba helio líquido para llevar los imanes a unos meros 1,8 grados Celsius por encima del cero absoluto.

El colisionador de hadrones eran en realidad dos aceleradores en uno: uno aceleraba las partículas en sentido horario, y el otro en el contrario. Podía hacerse chocar un rayo de partículas lanzado en un sentido con otro disparado en dirección contraria, y entonces...

Y entonces $E=mc^2$, por supuesto.

La ecuación de Einstein se limitaba a decir que la materia y la energía eran intercambiables. Si hacías chocar partículas a la velocidad suficiente, la energía cinética de la colisión podía convertirse en partículas exóticas.

El LHC había sido activado en 2006, y durante sus primeros años de trabajo había realizado colisiones entre protones, produciendo energías de hasta catorce trillones de electrón-voltios.

Pero ahora era el momento de pasar a la Fase Dos, y Lloyd Simcoe y Theo Procopides habían dirigido al equipo que diseñara el primer

experimento. En la Fase Dos, en vez de hacer chocar protones con protones, se usarían núcleos de plomo, cada uno doscientas diecisiete veces más pesado que un protón. Las colisiones resultantes producirían mil ciento cincuenta trillones de electrón-voltios, sólo comparables al nivel energético del universo una billonésima de segundo después del Big Bang. En esos niveles de energía, Lloyd y Theo deberían haber producido el bosón de Higgs, una partícula que los físicos llevaban medio siglo persiguiendo.

En lugar de ello, habían producido muerte y destrucción de proporciones planetarias.

Gaston Béranger, director general del CERN, era un hombre compacto e hirsuto con una nariz afilada y aguileña. Había estado sentado en su despacho en el momento del fenómeno. Era la oficina más grande del campus del CERN, con una generosa mesa de conferencias de madera real directamente frente a su escritorio y un bar bien surtido con un espejo detrás. Béranger ya no bebía; no había nada más difícil que ser alcohólico en Francia, donde el vino corría en cada comida; Gaston había vivido en París hasta su asignación al CERN. Pero cuando los embajadores llegaban para ver en qué se gastaban sus millones, necesitaba ser capaz de servirles una copa sin mostrar lo desesperado que estaba por unirse a ellos.

Por supuesto, Lloyd Simcoe y su compañero Theo Procopides estaban realizando su gran experimento en el LHC aquella tarde; podía haber limpiado su agenda para estar presente, pero había otros asuntos importantes, y si presenciaba cada puesta en marcha de los aceleradores, nunca conseguiría sacar el trabajo adelante. Además, necesitaba preparar la reunión de la mañana siguiente con un equipo de Gec Alsthom, y...

— ¡Recoge eso!

Gaston Béranger no tenía duda de dónde estaba: era su casa, en el margen derecho de Ginebra. Las estanterías de Ikea eran las mismas,

así como el sofá y el sillón. Pero el televisor Sony y su soporte habían desaparecido. En su lugar se encontraba lo que debía de ser un monitor plano, montado en la pared donde antes estuviera el televisor. Mostraba un partido internacional de lacrosse. Uno de los equipos era claramente el español, pero no reconoció al otro, que vestía camiseta verde y púrpura.

Un joven había entrado en el cuarto, pero Gaston no lo reconoció. Llevaba lo que parecía ser una chaqueta de cuero negro, y la había arrojado a un extremo del sofá, cayendo al suelo alfombrado por encima del respaldo. Un pequeño robot, no mucho mayor que una caja de zapatos, rodó desde debajo de una mesa y se acercó a la prenda. Gaston señaló al robot con un dedo y gritó “*¡Arrêt!*”. La máquina se congeló y, después de un momento, se retiró de vuelta a la mesa.

El joven se dio la vuelta. Parecía tener unos diecinueve o veinte años. En la mejilla derecha mostraba lo que parecía el tatuaje animado de un rayo, que se abría paso por el rostro juvenil en cinco pequeños saltos, repitiendo el ciclo una y otra vez.

Al girarse, el lado izquierdo de su cara se hizo visible... en un horrendo espectáculo: los músculos y vasos sanguíneos eran claramente visibles, como si de algún modo se hubiera tratado la piel con un producto que la hubiera hecho transparente. La mano derecha del joven estaba cubierta con un guante exoesquelético, extendiendo sus dedos en largos apéndices mecánicos rematados en puntas plateadas tan brillantes como afiladas.

—¡Te he dicho que recojas eso! —repitió Gaston en francés; al menos, era su propia voz, aunque no tuviera deseo alguno de pronunciar aquellas palabras—. Mientras sea yo quien te pague la ropa, la tratarás con el cuidado apropiado.

El joven observó a Gaston. Estaba convencido de no conocerlo, pero le recordaba a... ¿a quién? Era difícil asegurarlo con aquel espectral rostro semitransparente, pero la frente alta, los labios finos, los ojos gris carbón, la nariz aguileña...

Las puntas afiladas de las extensiones digitales se retrajeron con un sonido mecánico, y el muchacho cogió la chaqueta entre el pulgar y el índice artificiales, sosteniéndola como si fuera algo desagradable. La mirada de Gaston lo siguió mientras el muchacho se movía por el salón. Mientras tanto, no pudo evitar reparar en que muchos otros

detalles estaban cambiados: el patrón familiar de libros en las estanterías había cambiado por completo, como si alguien lo hubiera reorganizado todo en un momento dado. Y, de hecho, parecía haber muchos menos volúmenes de lo que era habitual; parecía que alguien hubiera purgado la biblioteca familiar. Otro robot, éste de forma arácnida y del tamaño de una mano humana extendida, trabajaba en las estanterías, aparentemente limpiando el polvo.

En una pared donde había estado la reproducción enmarcada del *Le Moulin de la Galette* de Monet había ahora un nicho con lo que parecía una escultura de Henry Moore; pero no, no podía haber ahí nicho alguno. Aquella pared era la medianera con la casa contigua. Debía de ser en realidad una pieza plana, un holograma o algo similar, colgado de la pared para dar ilusión de profundidad; de ser así, el efecto era absolutamente perfecto.

Las puertas del armario también habían cambiado; se abrieron solas al acercarse el chico, que sacó una percha y colgó la chaqueta. Después devolvió la percha al armario... y la chaqueta cayó de ella al suelo del compartimento.

La voz de Gaston saltó de nuevo.

— Maldita sea, Marc, ¿no puedes tener más cuidado?

Marc...

¡Marc!

¡*Mon Dieu!*

Por eso le parecía familiar.

Un parecido familiar.

Marc. El nombre que Marie-Claire y él habían elegido para el hijo que aún no había nacido.

Marc Béranger.

Gaston ni siquiera había sostenido todavía al bebé en sus manos, no lo había ayudado a eructar sobre su hombro, no le había cambiado los pañales, y allí estaba, un hombre crecido, un hombre aterrador y hostil.

Marc observó la chaqueta tirada, con las mejillas aún enrojecidas, pero se alejó del armario, dejando que las puertas se cerraran a su espalda.

— Maldita sea, Marc — dijo la voz de Gaston —. Me estoy cansando de tu actitud. Si sigues comportándote así, nunca conseguirás un empleo.

—Que te jodan — dijo el muchacho con una voz profunda y un tono de desdén.

Aquellas fueron las primeras palabras de su hijo. Nada de “mamá” o “papá”, sino “que te jodan”.

Y, como si quedara alguna duda, Marie-Claire entró en el campo de visión de Gaston justo entonces, apareciendo desde detrás de otra puerta deslizante.

—No le hables así a tu padre —le dijo.

Gaston estaba atónito; aquella *era* Marie-Claire, no había duda, pero se parecía más a su madre que a ella. El cabello era blanco, el rostro surcado por las arrugas y había engordado sus buenos quince kilos.

—Que te jodan a ti también — dijo Marc.

Gaston sospechaba que su voz protestaría.

—No le hables así a tu madre. —No se sintió defraudado.

Antes de que Marc se diera la vuelta, alcanzó a ver una zona afeitada en la nuca del chico con una plastilla metálica implantada quirúrgicamente.

Debía de ser una alucinación. *Tenía* que serlo. ¡Pero qué alucinación más terrible! Marie-Claire daría a luz cualquier día de estos. Habían intentado durante años quedarse embarazados; Gaston dirigía una institución capaz de unir de forma precisa un electrón y un positrón, pero él y Marie-Claire no habían conseguido que un óvulo y un espermatozoide, cada uno millones de veces mayor que aquellas partículas subatómicas, se encontraran. Pero al fin había sucedido; al fin Dios les había sonreído y ella estaba encinta.

Y ahora, casi nueve meses después, estaba a punto de dar a luz. Y todas aquellas clases en Lamaze, toda la planificación, todos los preparativos del cuarto del niño, iban a dar frutos muy pronto.

Y entonces ese sueño... pues eso debía de ser. Sólo un mal sueño. Pies fríos; había tenido la peor pesadilla de su vida justo antes de casarse. ¿Por qué iba a ser aquello diferente?

Pero *era* diferente. Aquello era mucho más realista que cualquier sueño que hubiera tenido. Pensó en el enchufe en la cabeza de su hijo, en las imágenes volcadas directamente en un cerebro... ¿la droga del futuro?

—Déjame en paz — dijo Marc —. He tenido un mal día.

—Oh, ¿de verdad? — replicó la voz de Gaston, rezumando sarcasmo —. Así que has tenido un mal día, ¿no? Un día durísimo aterrando

a los turistas en la Zona Vieja, ¿eh? Debería haber dejado que te pudrieras en la cárcel, gamberro ingrato...

Gaston se sorprendió al descubrirse hablando como su padre, diciendo las cosas que él le había dicho cuando tenía la edad de Marc, las cosas que había prometido no repetir a sus propios hijos.

– Vale, Gaston... – intervino Marie-Claire.

– Pues si no aprecia lo que tiene aquí...

– No necesito esta mierda – escupió Marc.

– ¡Basta! – saltó Marie-Claire – . Basta ya.

– Te odio – dijo Marc – . Os odio a los dos.

Gaston abrió la boca para responder, y entonces...

...y entonces, de repente, se encontró de vuelta en su despacho del CERN.

Tras informar de las noticias sobre los muertos, Michiko Komura había regresado de inmediato a la oficina de recepción del centro de control del LHC. Había estado intentando llamar a la escuela de Ginebra a la que acudía Tamiko, su hija de ocho años; Michiko se había divorciado de su primer marido, un directivo de Tokio. Pero todo lo que obtenía era la señal de comunicando, y por algún motivo la compañía telefónica suiza no se ofrecía a notificarle automáticamente la liberación de la línea.

Lloyd se encontraba tras ella mientras trataba de establecer comunicación, pero al final la mujer alzó la mirada, con ojos desesperados.

– No puedo soportarlo – dijo – . Tengo que ir allí.

– Iré contigo – se ofreció Lloyd de inmediato. Salieron corriendo del edificio al cálido aire de abril. El sol rubicundo ya besaba el horizonte, y las montañas se alzaban a lo lejos.

El coche de Michiko, un Toyota, también estaba allí estacionado, pero tomaron el Fiat alquilado de Lloyd, con él al volante. Recorrieron las calles del campus del CERN, pasando junto a los tanques cilíndricos de helio líquido, y entraron en la carretera de Meyrin, que los llevaría hasta dicha localidad, justo al este del CERN. Aunque vieron algunos coches a ambos lados de la carretera, las cosas no parecían peores que en una de las raras tormentas de invierno; si bien, por supuesto, no había nieve alguna.

Atravesaron rápidamente la población. A poca distancia se encontraba el aeropuerto Cointrin de Ginebra. Columnas de humo negro se alzaban hacia el cielo. Un gran reactor de la Swissair se había estrellado en la pista de aterrizaje.

— Dios mío — dijo Michiko. Se llevó el nudillo a la boca — . Dios mío.

Continuaron hasta la propia Ginebra, situada en la punta occidental del Lago Léman. Se trataba de una rica metrópolis de unos doscientos mil habitantes, conocida por sus restaurantes de lujo y sus carísimas tiendas.

Señales de tráfico que normalmente hubieran estado encendidas se encontraban apagadas, y numerosos vehículos (muchos de ellos Mercedes y de otras marcas caras) se habían salido de la calle hasta empotrarse contra los edificios. El escaparate de numerosos comercios estaba roto, pero no parecía que se estuvieran produciendo saqueos. Incluso los turistas parecían demasiado aturridos por lo que había sucedido como para aprovechar la ocasión.

Divisaron una ambulancia atendiendo a un anciano a un lado de la carretera; también oyeron las sirenas de los camiones de bomberos y otros vehículos de emergencia. En un momento dado divisaron un helicóptero empotrado en la fachada de cristal de una pequeña torre de oficinas.

Condujeron por el Pont d'Ile, atravesando el Ródano con las gaviotas sobre sus cabezas, dejando la Margen Derecha y sus hoteles patricios para entrar en la Margen Izquierda. La ruta alrededor de *Vieille Ville* (la Ciudad Vieja) estaba bloqueada por un accidente entre cuatro vehículos, de modo que tuvieron que intentar abrirse paso por angostas calles de un solo sentido. Recorrieron la Rue de la Cité, que se convirtió en la Grand Rue. Pero también ésta estaba bloqueada por un autobús público que había perdido el control y que ahora ocupaba ambos sentidos. Lo intentaron por una ruta alternativa, ya que Michiko se angustiaba con cada minuto que pasaba, pero también se vieron obstaculizados por vehículos averiados.

— ¿A cuánto está la escuela? — preguntó Lloyd.

— A menos de un kilómetro.

— Vayamos a pie.

Regresaron a la Grand Rue y estacionaron el coche en un lado de la calle. No era un lugar permitido, pero Lloyd no creía que nadie se preocupara por algo así en aquel momento. Salieron del Fiat y comenzaron a correr por las empinadas y obstruidas calles. Michiko se detuvo tras unos pasos para quitarse los zapatos de tacón, de modo que pudiera correr más rápido. Siguieron su ascenso, pero tuvieron que parar de nuevo para que ella se pusiera otra vez los zapatos, ya que se enfrentaban a una acera cubierta de fragmentos de cristal.

Corrieron por Rue Jean-Calvin, pasando frente al Musée Barbier-Muller, cambiaron a la Rue du Puits St. Pierre y volaron por la Maison Tavel, una casa de setecientos años, la mansión privada más antigua de la ciudad. Sólo frenaron un instante cuando pasaron junto al austero Temple de l' Auditoire, donde Calvino y Knox peroraran en su día.

Con el corazón desbocado y sin aliento, prosiguieron su marcha. A su derecha se encontraba la Cathédrale St-Pierrer y la casa de subastas Christie's. Atravesaron a toda velocidad la Place du Bourg-de-Four, con su halo de cafeterías y *pâtisseries* al aire libre rodeando la fuente central. Muchos turistas y oriundos seguían caídos sobre el pavimento; otros esperaban sentados en el suelo, ya fuera atendiendo sus propias heridas o recibiendo atención de los demás peatones.

Al fin llegaron a la escuela en Rue de Chaudronniers. El Colegio Ducommun era un centro con gran solera que atendía a los hijos de los extranjeros que trabajaban en la zona de Ginebra. El edificio principal tenía más de doscientos años, pero se habían añadido varias alas en las últimas décadas. Aunque las clases terminaban a las cuatro de la tarde, se proporcionaban actividades extraescolares hasta las seis, de modo que los padres trabajadores podían dejar a sus hijos todo el día; aunque ya eran cerca de las siete, aún quedaban allí numerosos alumnos.

Michiko no era en absoluto el único padre que se había acercado a toda prisa. El patio estaba cuajado por las largas sombras de diplomáticos, ricos empresarios y otros cuyos hijos acudían al Ducommun; decenas de ellos abrazaban a sus pequeños y lloraban aliviados.

Todos los edificios parecían intactos. Michiko y Lloyd trataban de tomar aliento mientras corrían por el césped immaculado. Por larga tradición, en la escuela ondeaban las banderas de todos los estudiantes

presentes; Tamiko era la única japonesa matriculada, pero el sol naciente se mecía en la brisa primaveral.

Llegaron hasta el vestíbulo, que tenía hermosos suelos de mármol y panelados de madera oscura en las paredes. Información estaba a la derecha, y Michiko abrió la marcha hacia allá. La puerta se deslizó a un lado, revelando un largo mostrador de madera que separaba a los secretarios del público. Michiko se acercó y, con la respiración entrecortada, comenzó a hablar.

—Hola. Soy...

—Oh, Madame Komura —dijo una mujer saliendo de un despacho—. He estado intentando llamarla, pero no he sido capaz de obtener línea. —Se detuvo con incomodidad—. Por favor, entre.

Michiko y Lloyd pasaron al otro lado del mostrador y entraron en el cuarto. Sobre una mesa descansaba un ordenador con un tablero de datos acoplado.

—¿Dónde está Tamiko? —preguntó Michiko.

—Por favor —dijo la mujer—. Siéntese. —Miró a Lloyd—. Soy Madame Severin, la directora.

—Lloyd Simcoe —respondió Lloyd—. Soy el prometido de Michiko.

—¿Dónde está Tamiko? —preguntó Michiko de nuevo.

—Madame Komura, lo siento tanto. Yo... —se detuvo, tragó saliva y comenzó de nuevo—. Tamiko estaba fuera. Un coche perdió el control en el estacionamiento y... lo siento tanto...

—¿Cómo está? —preguntó Michiko.

—Tamiko ha muerto, Madame Komura. Todos nosotros... no sé qué sucedió; perdimos el conocimiento, o algo así. Cuando nos recuperamos la encontramos.

Las lágrimas comenzaban a acumularse en los ojos de Michiko, y Lloyd sintió un horrendo peso en el pecho. Michiko encontró una silla, se derrumbó en ella y cubrió su rostro con las manos. Lloyd se arrodilló a su lado y le pasó un brazo por encima.

—Lo siento tanto —repitió Severin.

Lloyd asintió.

—No fue culpa suya.

Michiko siguió gimiendo hasta que pudo alzar la mirada, con los ojos enrojecidos.

—Quiero verla.

—Sigue en el estacionamiento. Lo lamento... *llamamos* a la policía, pero aún no han venido.

—Enséñemela — solicitó Michiko con la voz quebrada.

Severin asintió y los llevó tras el edificio. Algunos jóvenes contemplaban el cadáver, aterrados y al mismo tiempo atraídos. El personal estaba demasiado ocupado con los chicos heridos como para devolver a todos los alumnos a la escuela.

Tamiko estaba allí tendida, simplemente tendida. No había sangre, y el cuerpo parecía intacto. El coche que presumiblemente la había atropellado se había retirado varios metros y estaba detenido en ángulo. Tenía el parachoques abollado.

Michiko se acercó hasta quedar a cinco metros y entonces se derrumbó, llorando sin control. Lloyd la rodeó con los brazos y la sostuvo. Severin se mantuvo cerca unos instantes, pero no tardó en ser requerida por otro padre, otra crisis.

Al final, porque ella lo quiso, Lloyd llevó a Michiko junto al cuerpo. Él se inclinó con la visión borrosa y el corazón roto, apartando con cariño el pelo de Tamiko de la cara.

No tenía palabras; ¿qué podía decir para consolar a nadie en un momento así? Se quedaron allí, Lloyd sosteniendo a Michiko durante casi media hora, el cuerpo de la mujer convulsionado todo el tiempo por las lágrimas.